

**TRADUCCIÓN Y CONTEMPLACIÓN:  
ESCUCHA DE LA PALABRA Y TRANSMISIÓN DE LA SALVACIÓN.**



*Francisco R. de Pascual, ocs.  
Abadía de Viaceli.*



**I**

Voy a comenzar leyéndoles un poema bellissimo<sup>1</sup>, me parece, y a la vez simplicísimo, que creo describe la vocación y tarea del traductor monástico en su *Scriptorium*. El gozo y la alegría del saber y del “cazar” las palabras (primero en la mente y luego fijándolas en el manuscrito) ocupaba muchas horas de la vida de los monjes celtas de Iona y Kells.

I and Pangur Bán, my cat,  
‘Tis a like task we are at;  
Hunting mice is his delight,  
Hunting words I sit all night.

Better far than praise of men  
‘Tis to sit with book and pen;  
Pangur bears me no ill will,  
He toopies his simple skill.

‘Tis a merry thing to see  
At our tasks how glad are we,  
When at home we sit and find  
Entertainment to our mind.

Oftentimes a mouse will stray  
In the hero Pangur’s way;

---

1

GEORGE OTTO SIMMS, *Exploring the Book of Kells*, Dublin 1988, The O’Brien Press Ltd, 20 Victoria Road, Dublin 6, Irlanda.

Oftentimes my kee thought set  
Takes a meaning in its net.

‘Gainst the wall he sets his eye  
Full and fierce and sharp and sly;  
‘Gainst the wall of knowledge I  
All my little wisdom try.

When a mouse darts from its den,  
O how glad is Pangur then!  
O what gladness do I prove  
When I solve the doubts I love!

So in peace our tasks we ply,  
Pangur Bán, my cat, and I;  
In our arts we find our bliss,  
I have mine and he has his.

Practice every day has made  
Pangur perfect in his trade;  
I get wisdom day and night  
Turnig darkness into light.<sup>2</sup>

Lo que queda en toda traducción es la palabra misma, como en todo acontecer queda el tiempo mismo, un tiempo que no comienza ni acaba, el tiempo que no tiene ni fecha final ni metas. La palabra del traductor es cada vez menos su memoria, y cada vez más, sólo su propia experiencia. El misterio de la palabra encontrada no radica –como insinúa una conocida sentencia del Talmud- en la memoria, sino en una cultura de la búsqueda. El traductor se deja llevar por la ola del instante, olvidando opciones del pasado, y planteándose cada descubrimiento de su pluma como una victoria, sin vértigo ni miedo.

---

2

He aquí nuestra traducción: *Yo y Pangur Bán, mi gato / nos aplicamos juntos a en nuestra tarea / él se deleita cazando ratones / y yo paso la noche cazando palabras. // Mucho mejor que las alabanzas de los hombres / es el sentarse con un libro y una pluma / Pangur no tiene nada en contra mía / y él también se aplica a su sencilla habilidad. // Alegra ver / lo contentos que estamos con nuestras tareas / y cómo sentados en casa / encontramos ocupación para nuestra mente. // A veces un ratón se cruza / en el camino del héroe Pangur; / a veces mi agudo pensamiento / pesca un sentido en su red. // Fija en la pared su mirada / penetrante y fiera, aguda y astuta; / Yo, contra la pared del conocimiento / pruebo mi corta sabiduría. // Cuando un ratón sale disparado de su escondrijo / ¡qué contento se pone Pangur! / ¡Y qué satisfacción experimento yo / cuando resuelvo las dudas que me interesan! // Así nos aplicamos pacíficamente a nuestras tareas / Pangur Bán, mi gato, y yo; / En nuestras artes encontramos nuestra dicha, / yo tengo la mía y él la suya. // La práctica diaria / ha hecho a Pangur perfecto en su oficio; / Yo adquiero sabiduría día y noche / al convertir las tinieblas en luz.*

Los monjes, generalmente, cuando traducen lo han hecho y lo hacen en el silencio y en la soledad de su celda, y conciben su escritura, su tarea, como un modo de “ser” y de “estar” en el mundo, sin desvincular nunca esta tarea de la otra que da sentido a sus vidas, la contemplación. Este es el primer aserto de mi exposición. Conviene entender, por otra parte, que los caminos hacia la contemplación son muy variados, y que muchos contemplativos por esos caminos se han adentrado en profundos espacios de conocimiento e intelectualidad, lo cual, a su vez, les ha supuesto el interés por aprender lenguas y traducir textos.

Antes y ahora los monjes aprenden a “leer” (*lectio*) en las sagradas Escrituras, especialmente en los *Salmos*. Era el libro de iniciación en la cultura escrita y en la *paideia* cristiana. *Psalteratus* en latín medieval significaba *el litteratus*, el que había aprendido a leer el primer libro, el Salterio. La traducción de la Biblia a las lenguas periféricas del Imperio constituyó el cauce de propagación del cristianismo, siendo los salmos, junto con los evangelios, el primero traducido a muchas de las lenguas europeas y más tarde el primer libro impreso en Europa y en el Nuevo Mundo. Se trataba ya del más copiado y miniado en los códices medievales de Occidente y del mundo bizantino. De la versión griega de los Setenta, así como de las versiones antiguas que de ésta derivan, es el libro del que mayor número de manuscritos se ha conservado, por lo que posee el triste privilegio de no disponer todavía de una edición crítica.

El contacto con la Biblia imprimirá carácter a los monjes de todos los tiempos. Hará de ellos unos buscadores de profesión, perseguidores de los vestigios de verdad más nimios. La mejor traducción es según Walter Benjamin<sup>3</sup>, la que, escrita en caracteres invisibles, discurre de antemano entre las líneas del texto; el mejor traductor es el que sabe leer entre líneas y descifrar aquella primera traducción: Todos los grandes escritos en un cierto grado y las Escrituras sagradas en uno sumo conservan entre líneas su traducción virtual. La versión interlineal del texto sagrado es la imagen primigenia o el ideal de toda traducción. Aquí Benjamin está recogiendo la tradición mística judía que leía entre líneas y entre las letras de una línea, para tratar de descubrir las setenta caras y los cuarenta y nueve niveles de significación encerrados en la escritura del texto inspirado. La tradición medieval cristiana reconoce también la polisemia de los textos sagrados y trataba de reducirla a cuatro sentidos principales: literal, alegórico, moral y anagógico o místico.

---

3

cf. JULIO TREBOLLE BARRERA Y SUSANA POTTECHER, *Libro de los Salmos. Himnos y Lamentaciones*, Ed. Trotta, Madrid 2001, pág. 13.

A través de estos sentidos “traducían” la Biblia. Para ellos, traducir es mediar no sólo entre lenguas extrañas entre sí, sino entre niveles de lenguaje cercanos y extraños a la vez: el arcaico y moderno, elevado y llano, de himno y de lamentación y profano y sagrado.

## II

La contemplación, pienso yo, está llamada a ser el instrumento de entendimiento de todos los hombres. Me inspira a pensar esto unas palabras de Octavio Paz:

“... la divertida perplejidad que sentimos ante los sonidos de una lengua que ignoramos, no tarda en transformarse en una duda sobre la que hablamos. El lenguaje pierde su universalidad y se revela como una pluralidad de lenguas, todas ellas extrañas e ininteligibles las unas para las otras. En el pasado la traducción disipaba la duda: si no hay una lengua universal, las lenguas forman una sociedad universal en la que todos, vencidas ciertas dificultades, se entienden y comprenden. Y se comprenden porque en lenguas distintas los hombres dicen siempre las mismas cosas. La universalidad del espíritu era la respuesta a la confusión babilónica: hay muchas lenguas, pero el sentido es uno... así, la traducción no sólo era una prueba suplementaria, sino una garantía de la unidad del espíritu... A la búsqueda religiosa de una identidad universal sucede una curiosidad intelectual empeñada en descubrir diferencias no menos universales”<sup>4</sup>.

Cada texto, ciertamente, es único; y cada traducción es, hasta cierto punto, una invención, y así constituye un texto único. Pero lo que une a ambos es el lenguaje que dimana de una experiencia contemplativa del mundo y sus realidades.

Toda palabra encierra un “misterio”, como dijo Jerónimo<sup>5</sup>, y como defiende toda la tradición medieval, avalada por el pensamiento de Hildegarda de Bingen, se recomienda contemplar la palabra humana como se contempla la Trinidad:

“Y tal como en la palabra se advierten tres causas, así habrás de contemplar la Trinidad en la Unidad de la Divinidad. ¿Cómo? Hay en la palabra sonido, fuerza y aliento: sonido para que sea escuchada, fuerza para que sea entendida y aliento para que se cumpla. En el sonido percibe, pues, al Padre, que con Su inexpresable potestad todo lo manifiesta; en la fuerza, al Hijo, engendrado prodigiosamente por el Padre; y en el aliento, al Espíritu Santo, que arde con suavidad en Ellos. Pero allí donde no se escuche el sonido, no actuará la fuerza ni se

---

4

OCTAVIO PAZ, *Traducción: Literatura y Literalidad*, Tusquets Editores, Barcelona 1980-3ª, págs. 11-12.

5

“*Ego enim non solum fateor, sed libera voce profiteor, me interpretatione Graecorum absque scripturis sanctis, ubi et verborum ordo mysterium est, non verbum e verbo, sed sensum exprimere de sensu. Habeoque huius rei magistrum Tullium*”, Ep. 57 *Ad Pammachium*, CSEL 54, Wien-Leipzig, 1910-1918, 54, p-514.

elevará el aliento: por tanto, no será comprendida la palabra; igual que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no están separados entre sí, mas realizan Su obra unánimemente.”<sup>6</sup>

“Rodeados de palabras por todas partes hay, un momento en que nos sentimos sobrecogidos: angustiosa extrañeza de vivir entre nombres y no entre cosas. Extrañeza de tener nombre:

Entre los juncos y la baja tarde  
¡qué raro que me llame Federico!

... la ausencia de relación entre las cosas y sus nombres es doblemente insoportable: o el sentido se evapora o las cosas se desvanecen. Un mundo de puros significados es tan inhospitalario como un mundo de cosas sin sentido –sin nombres”.<sup>7</sup>

Adán recibe de Yahvé la delegación de nombrar las criaturas, tarea participativa en la obra creadora:

Entonces el Señor Dios modeló de arcilla todas las fieras salvajes,  
Y todos los pájaros del cielo y se los presentó al hombre  
Para ver qué nombre les ponía. Y cada ser vivo  
Llevaría el nombre que el hombre le pusiera.  
Así el hombre puso nombre a todos los animales domésticos, a los  
pájaros del cielo y a las fieras salvajes.  
Pero no se encontró el auxiliar que le correspondía (*Ex 2, 19-20*).

Comenta Luis A. Schökel: “Dios cede al hombre la tarea de seguir nombrando. Y él, poniendo nombres, distingue, identifica, organiza: actividad básica del lenguaje. Primer acto de señorío del hombre sobre el reino animal. En el mismo momento el hombre descubre su soledad”<sup>8</sup>.

Solamente la enumeración de las variantes de traducción de estos versículos bíblicos llenaría muchas páginas; pero, más importantes que las matizaciones lingüísticas en la traducción, son los comentarios que Padres de la Iglesia de Oriente y Occidente y monjes varios en diversas ocasiones, han hecho de ellos.

---

6

cf. *Ap 1, 17*. HILDEGARDA DE BINGEN, *Scivias*, Ed. Trotta, Traduc. de Antonio Castro Zafra y Mónica Castro, Madrid 1999, págs. 114-115.

7

OCTAVIO PAZ, *o. cit.*, pág. 18.

8

*Biblia del Peregrino*, Coed. EGA-Mensajero-Verbo Divino, Tomo I, 1996, pág 73-74.

El perspicaz san Bernardo, por ejemplo, no podía dejar escapar la ocasión de ir más allá del sentido literal del texto, “traduciendo” las palabras bíblicas a conceptos salvíficos y contemplativos:

“... penetraba [el hombre] las cosas con su agudeza natural y su claridad mental y discernía con pleno dominio... Adán se durmió en la contemplación y supo distinguir los animales al ponerles un nombre”.<sup>9</sup>

Para Bernardo, la voz, la palabra, “es la admiración del alma contemplativa”.<sup>10</sup> Y de san Bernardo dice uno de sus modernos traductores al español, un monje cisterciense:

“Bien podemos aplicar a Bernardo el modelo lingüístico de R. Jakobson, sin extorsionar nada. Y decimos que el Bernardo emisor lanza su mensaje en unas coordenadas poéticas, envueltas en un código de imágenes familiares a los lectores, por bíblicas y tradicionales, dentro de un contexto vital y concreto, el clima de su comunidad y de la mentalidad de su tiempo. De este modo le llega el mensaje al receptor; en esta caso el lector real que, teniendo en cuenta su experiencia de contacto familiar con Bernardo y la índole de los textos abiertos, elabora en un primer momento una gran línea de contenidos... Así se obtiene una visión o concepción del mundo de Bernardo desde el ángulo del lector, y la lectura pasa a ser un acto creativo. Una lectura así contribuiría a recuperar la belleza del lenguaje para la teología y la espiritualidad monástica”.<sup>11</sup>

No sé si cabría decir ahora que la contemplación se alcanza no por la iluminación del conocimiento (conocer la razón de las cosas), sino en el momento de silencio que se produce inmediatamente, equivalente no a la exaltación de la mente, sino a su reposo, reposo que se hace comunión con la esencia de las cosas. Dice Merton en su extraordinario texto *Vigilante contra el fuego*: “Pero en la sustancia misma del silencio existe aún mayor consuelo que en el mero contestar a las preguntas. La eternidad se encuentra en el presente. La eternidad se halla en la palma de la mano. La eternidad es una simiente de fuego, cuyas súbitas raíces quiebran barreras que impiden al corazón ser un abismo”<sup>12</sup>.

---

9

SAN BERNARDO, Obras completas, Tomo III, *Sermones litúrgicos-1º, En la Septuagésima II, 2-3*, BAC nº 469, Madrid 1985, pág. 395.

10

SAN BERNARDO, Obras completas, Tomo V, *Sermón 62 Scant*, BAC, nº 491, Madrid 1987, pág. 779.

11

JUAN M<sup>º</sup> DE LA TORRE, *Introducción a las Parábolas de San Bernardo*, Obras Completas, Tomo VIII, BAC nº 527, Madrid 1993, pág. 429.

12

THOMAS MERTON, *El signo de Jonás*, pág. 315.

Si Adán no hubiera sido capaz de nombrar los seres de su entorno, su corazón se habría hundido en el abismo de la soledad y la desesperación.

El traductor, creo, encuentra su momento de felicidad personal, su tarea cumplida cuando tras la palabra comprendida se encuentra la palabra buscada –no sólo la equivalente en la propia lengua-, la palabra generadora de silencio y plenitud. Palabra que antes era tinieblas y ahora es luz. El Verbo, cuando es aceptado como *Voz* de Dios en la historia humana, “ilumina a todo hombre” (*Jn* 1, 4). “*Ella contenía vida, y esa vida era la luz del hombre*”, traduce Juan Mateos.<sup>13</sup>

Muchos autores de la tradición monástica no se han caracterizado por ser grandes traductores de textos; pero han sido creadores y cultores de “vocabulario” que después ha dado pie a nuevas pesquisas, aplicaciones y disquisiciones en el campo de la espiritualidad, la contemplación y la mística. Todo este vocabulario viene a formar actualmente un “corpus” que, sin constituir una gran obra de traducción, no debe ser ignorado por los traductores (como a veces sucede).<sup>14</sup>

Este vocabulario goza en la tradición monástica de tres características enumeradas por Pierre Miquel: continuidad, homogeneidad, especificidad.<sup>15</sup> Este monje y gran abad de Ligugé, traductor del *De vita contemplativa* de Filón, al francés<sup>16</sup>, y también autor de un *Lexique du Désert*<sup>17</sup>, dice que la continuidad fue asegurada por las obras copiadas, leídas, meditadas, asimiladas, divulgadas por entero o bajo forma de extractos como las *Sentencias* de Isidoro en el siglo VII o la *Diadema de los monjes* de Esmaragdo en el IX. San Gregorio Magno también utilizó el vocabulario de la experiencia, traduciendo al latín expresiones y conceptos nacidos en el monacato oriental. Antes habían difundido parte de ese vocabulario Casiano y Orígenes; aunque en el caso de éste último hay que hablar de un autor, más que de

13

*Nueva Biblia Española*, Nuevo Testamento, Ed. Cristiandad, Madrid 1974.

14

No se trata propiamente de obras de traducción; pero sí de atención a la vitalidad de un vocabulario especializado que se transforma, se aplica, se relee y se “reinventa”. cf. por ejemplo: ADELE FISKE, *Paradisus homo amicus*, en *Cistercium XLIV* (1992) 745-780, y EDITH SCHOLL, *Propuestas sobre el vocabulario cisterciense*, en *Cistercium XLV* (1993) 81-103.

15

PIERRE MIQUEL, *Le Vocabulaire Latin de l'Expérience Spirituelle dans la tradition monastique et canoniale de 1050 à 1520*, Col. Théologie Historique n° 79, Ed. Beauchesne, París 1989, pág. 7.

16

Editions du Cerf, París 1963.

17

Editions de l'Abbaye de Bellefontaine, Bellefontaine 1986.

un difusor, como es el caso del primero. Orígenes no es sólo un habilísimo traductor de la Escritura, es también, junto con Clemente de Alejandría, y antes que Gregorio de Nisa y Dionisio, el gran teórico de la literatura mística de la Iglesia. “La herencia origeniana ha sido transmitida por las obras del maestro y sus traducciones latinas, por los doctores del siglo IV –que dependen todos de él- por Dídimo el Ciego y por Evagrio Póntico, gran inspirador de Casiano...”<sup>18</sup> Las versiones que Rufino y Jerónimo hicieron de sus obras fueron muy leídas en los monasterios, en particular en el siglo IX, debido a la reforma de Benito de Aniano; y en el siglo XII Bernardo de Claraval y Guillermo de Saint-Thierry le “plagiaron” y difundieron sin citar lo, apropiándose en muchos casos su vocabulario y sus ideas.

Durante estos siglos, generalmente, antes de la escolástica –que cultiva la *distinctio*-, los métodos de trabajo de los autores medievales no se orientan, salvo en casos muy contados<sup>19</sup> a la traducción directa de obras.

“Un dato importante explicado por la rumia y reminiscencia es el poder imaginativo de los hombres de la edad media. Exuberante, alcanza, sin embargo, esta facultad entre ellos, un vigor y una precisión que nosotros a duras penas podemos concebir. Estamos habituados a ver imágenes quietas o en movimiento, casi sin mirarlas sino con una ojeada distraída. Gustamos de las ideas abstractas. Emperezada, nuestra imaginación nos permite apenas más que soñar. Era vigorosa, en cambio, y actuante en los hombres del medievo. Permitía el representarse, “hacerse presentes” los seres, verlos con todos los detalles que los textos aportan –colores y dimensiones de las cosas, vestidos, actitudes, acciones de los personajes, cuadro complejo en que éstos se mueven. Se gustaba de describirlos y, por así decir, de crearlos, dando un muy vivo relieve a imágenes y sentimientos”.<sup>20</sup>

Estas líneas del hace pocos años fallecido Dom Jean Leclercq, y tomadas de uno de sus trabajos más emblemáticos –y de imprescindible lectura para quien se lance a traducir autores medievales- podrían incitarnos a creer que el monje premedieval y medieval, como muchos ahora (aunque nos veamos obligados a trabajar y traducir conforme a las pautas científicas modernas), rehusara recurrir a ciertos instrumentos de trabajo, a ciertos libros. Dichos instrumentos de trabajo lo constituían ese especie de repertorios –léxicos, diríamos-,

---

18

AA.VV., *Théologie de la Vie Monastique. Études sur la tradition patristique*, Aubier, París 1961, pág. 15.

19

cf. ENCARNACIÓN MARTÍN LÓPEZ, “Más sobre la traducción documental en los monasterios medievales”, en *Livius* [León], 2 (1992) 15-15.

20

JEAN LECLERCQ, *Cultura y vida cristiana*, Ed. Sígueme, Salamanca 1965, págs. 96-97. Traducido del francés. Hay también versión inglesa. El título español es extraño y, posiblemente debido a fines comerciales. El título francés es: *Initiation aux auteurs monastiques de moyen âge. L'amour des lettres et le désir de Dieu*.



en que se da el significado de las palabras, significado total, y no sólo filológico. Son de dos especies sobre todo. Unos son colecciones de *nomina sacra*. San Jerónimo, seguido por Isidoro y numerosos compiladores, había explicado la etimología de los nombres de lugares y personas. Así, pues, la interpretación de las palabras no podía ser arbitraria, dejada a la invención de traductores y comentaristas; existía, en ese campo, una tradición de la que no cabía apartarse.

Así lo ha demostrado también el citado Dom Jean Leclercq en otros dos estudios magníficos sobre el vocabulario monástico y contemplativo utilizado en la Edad Media: *Études sur le vocabulaire monastique du Moyen Âge* y *Otia Monastica. Études sur le vocabulaire de la contemplation au Moyen Âge*<sup>21</sup>. Y por no alargarnos, baste citar y recomendar, el epílogo –*Literatura y vida mística*– del libro anteriormente citado *Cultura y vida cristiana.*, del cual recogemos sólo unas líneas:

“Felizmente, esos hombres de Dios, esos poseos de la palabra, saben que no tienen que escoger... aceptan lo que Dios les da: su verdad bajo las formas de la belleza. A medida que la verdad se va revelando a los ojos de su alma afinada, el brillo de su esplendor les va invadiendo cada vez más... La Palabra de Dios, la cultura, ponen en el espíritu el apetito de una felicidad, que será satisfecha en la eternidad. La fe y la literatura estimulan su sed de Dios, su deseo escatológico. La función de la gramática es crear en él una exigencia de belleza integral; la de la escatología es indicar la dirección en que hay que mirar para que quede satisfecha. Es un libro que el dedo de Dios escribe en el corazón de cada monje; ningún otro lo suplirá. Ninguna literatura escrita, aunque sea la literatura sagrada, dispensará de ese recogimiento necesario al que quiera escuchar la palabra de Dios en sí: “Leemos hoy en el libro de la experiencia”, había dicho san Bernardo (*Scant* 3,1). Y uno de sus discípulos ha precisado aún: “Pienso, hermanos míos, que habéis leído en el libro de vuestra experiencia, en vuestro corazón, más bien que en un manuscrito: *et in corde magis quam in omni codice*”.<sup>22</sup>

### III

Con todo la experiencia no sale de la literatura. Es la experiencia la que suscita la literatura, y no a la inversa. La literatura es, en gran parte, imitación; impone leyes que unos modelos han ilustrado. Pero la mística es creación y renovación. A la literatura pertenece el género literario y el estilo adoptados; la parte de la sinceridad es la experiencia que expresa por medio de esos artificios que necesita, y que no la perjudican. El arte no consiste más que

---

21

Números 48 (1961) y 51 (1963) de *Studia Anselmiana*, Pontificium Institutum S. Anselmi, Roma.

22

JEAN LECLERCQ, *Cultura y vida cristiana*, pág. 309.

en el ritmo de las frases, y éste participa del ritmo interior que nace de la posesión de Dios. La palabra pronunciada – o traducida- no añade a las ideas más que el sonido, ese eco que no tenía la palabra pensada; el acento de la sinceridad hace apto al mensaje para ser oído, y a esto se reduce toda la retórica. El estilo se eleva a proporción de la vida espiritual. El don de Dios no suprime el esfuerzo humano en el campo de la literatura, como tampoco lo suprime en el de la ascésis. Los escritores místicos trabajan su estilo... Más exactamente, Dios, que los trabaja, aumenta su talento, sus modos de expresión. Y aquí cabría citar de nuevo a Bernardo de Claraval:

“Y ahora, quizás alguien me pregunte qué es gozar del Verbo... Tú, que eres curioso por saber qué cosa sea gozar del Verbo, prepara no tu oído, sino tu espíritu, porque es la gracia la que enseña, y no la lengua. Este secreto permanece oculto a los sabios y a los prudentes, y es reservado a los pequeños. Sí, hermanos míos, es grande, es grande y sublime esta virtud de la humildad, que obtiene la realidad de lo que no puede ser expresado, que es la única en aprender lo que no se enseña. Sólo ella es digna de recibir del Verbo y de concebir por el Verbo lo que no se puede explicar con palabras”.<sup>23</sup>

No sé si sería exacto referirse aquí a lo que sostiene Walter J. Ong (en *Orality and Literacy: The technologizing of the word*), “la escritura estructura la conciencia”. Aunque se trate de un tema más religioso que propiamente histórico o documental, sería bueno aproximarse, mediante un ensayo de tono contemplativo a la vocación, tarea o arte, de la traducción como una forma de devoción o carisma específico, una suerte de ejercicio espiritual de emulación de, y en cierto modo de participación en, la creación de Dios Padre, Logos generador de toda palabra, a partir de nuestra propia escucha y abajamiento... Un ejercicio de vaciamiento del traductor para, en escucha orante, hacerse recinto y transformarse en paso (pequeña pascua o pentecostés) de la Palabra del Padre a las palabras de los hombres. La traducción propiciaría así una ascésis a caballo entre la depuración del discurso racional verbal y la expresión artística purificada, semejante, pero menos visual a la requerida por la pintura de iconos.

“Tienes aquí, como pintados por un pincel, dos cuadros completamente dispares, uno con la voz del Esposo y otro con las voces de los otros hombres. Yo me contento con insinuártelos, y paso inmediatamente a otro tema”.<sup>24</sup>

---

23

BERNARDO DE CLARAVAL, *Obras completas*, tomo V, *Scant*, 85, 14, BAC nº 491, Madrid 1987, pág. 1059.

24

CIPRIANO DE LA HUERGA, *Obras completas*, Vol V, *Comentario al Cantar de los Cantares*, León, 1991, pág. 283. Véase nota siguiente.

De todos modos me parece que esta actitud se encuentra en los monjes españoles benedictinos y cistercienses de los siglos XVI y XVII, años de oro de las letras religiosas.

Por referirme sólo a un caso solamente, citaré a Cipriano de la Huerga<sup>25</sup>, cuyas obras completas han sido publicadas recientemente<sup>26</sup>. Tal publicación ha producido también el efecto de ofrecer un mayor conocimiento de las actividades intelectuales de unos monjes que ya no pertenecían al medievo, pero que seguían buscando “las diversas formas de *Lógos* y la sabiduría silenciosa que ya habían entusiasmado a los autores del helenismo y a los Padres de la Iglesia griega”,<sup>27</sup> monjes españoles que en las escuelas monacales de su juventud estudiaron las lenguas bíblicas además del latín, y que mantenían relaciones con estudiosos de otras naciones europeas, hasta que a su católica majestad Don Felipe II empezó tal cosa a parecerle mal... y echó el cerrojo.

De este monje cisterciense de la española *Congregación de Castilla*, que trasluce un nuevo modo de ser y posicionarse ante la tarea intelectual, escribió un contemporáneo suyo:

“Pues bien; en mi opinión, yo no le echo en falta a este religioso varón absolutamente nada — ni por parte de la naturaleza, ni por sus auténticos y sólidos conocimientos— como para que no deba colocarlo a la cabeza de los hombres prestigiados con el renombre de la sabiduría. Para que en el estudio e interpretación de las Sagradas Escrituras no hubiera nada necesario que él lo ignorase, a sus conocimientos del griego y del latín (que aprendió en brevísimo tiempo por estar dotado de una feliz y poco común inteligencia), añadió brillantemente su dominio del hebreo y del caldeo. Además de esta poco corriente pericia en lenguas, goza de una fácil y brillante elocuencia, en la que, a las extraordinarias dotes naturales, supo sumar maravillosamente la mucha y continua lectura de los autores más conspicuos. Debido a que, cuando hace una exposición, se muestra más abundante que escueto en palabras, acontece a menudo que, por su excesiva fertilidad, da rienda suelta a su exuberante ingenio, siendo tachado por algunos de prolijo y redundante”.<sup>28</sup>

---

25

cf. EZEQUIEL MARTÍN, *Los Bernardos españoles*, Palencia 1953., pág. 49: “Sus conocimientos, nada vulgares, de las lenguas latina, griega y hebrea y caldea, su talento singular y su esmerada preparación, hicieron de él uno de los mayores exégetas que España dio a la Iglesia. SU temprana muerte –1560- ocurrida a los 46 años de edad, fue causa de que la mayor parte de su inmensa producción literaria quedase inédit

26

CIPRIANO DE LA HUERGA, *Obras Completas*, X Vols. La publicación inició la Colección “Humanistas Españoles”, patrocinada por la Universidad de León; el primer volumen fue publicado en 1990, y el Vol. X Monografías e Índices está a punto de aparecer).

27

cf. GASPAR MOROCHO GAYO, *Formas de Lógos y la sabiduría silenciosa en los autores del helenismo y en los Padres de la Iglesia griega*, en “Mística Cisterciense. Actas del I Congreso Internacional sobre Mística Cisterciense”, Ávila 9-12 octubre de 1998, Ed. Montecasino, Zamora 1999, págs. 63-92.

28

Nos encontramos, pues, ante una nueva perspectiva intelectual que, lógicamente, toca de cerca al modo de leer e interpretar los textos tanto bíblicos como profanos. La *Biblioteca Cisterciense* editada en 1793 da noticia de muchos monjes traductores y traducciones realizadas por los mismos, y, sobre todo, de monjes eruditos que estaban muy al corriente de lo que se publicaba allende nuestras fronteras (a pesar de que hasta entonces la lengua universal científica era el latín).<sup>29</sup> Poseemos un largo elenco de estos monjes en otra publicación de gran utilidad<sup>30</sup>, en la que aparecen nombres como los de Andrés de Acitores, Miguel Pérez de Heredia, José Almonacid, Luis Belnaldo de Quirós, Lorenzo de Zamora, Bernardo Álvarez, José Almonacid, Nocolás Bravo, Ángel Manrique, Luis de Estrada, Antonio de San Pedro, Pedro de Lorca, Fermín Ibero, Juan Caramuel, Gerónimo de Llamas, etc.<sup>31</sup>

Todos estos autores –teólogos, exégetas, moralistas, historiadores, espirituales- con el Huerguensis a la cabeza prescinden en su metodología y en sus clases de la doctrina medieval de los cuatro sentidos bíblicos. En el tomo citado se establecen los criterios seguidos para abordar los textos clásicos y bíblicos.<sup>32</sup>

La Antigüedad que renace en las obras de Cipriano<sup>33</sup> y de los demás autores citados es la que ha llegado a través de su maestro en la cátedra de Biblia de Alcalá, el padre Dionisio Vázquez, y dicho renacimiento tiene sus antecedentes en Egidio de Viterbo, Pico de la Mirándola, Marsilio Ficino y otros destacados miembros de la Academia florentina. Es un

---

*Obras Completas de Cipriano de la Huerga*, Vol. I: “Prolegómenos y testimonios literarios”, León 1990, pág. 23: El elogio es de ALFONSO GARCÍA MATAMOROS, *De asserenda hispanorum eruditione sive de viris Hispaniae doctis narratio apologetica*, Alcalá 1553, págs. 52-54.

29

ROBERTO MUÑIZ, *Biblioteca Cisterciense Española*, Burgos 1793. Dispongo de esta obra en soporte informático, resultando, pues, fácil, elaborar la lista de traducciones citadas.

30

EZEQUIEL MARTÍN, *Los Bernardos españoles*, Palencia 1953.

31

*Ibidem*, especialmente págs. 47-67: Capítulo III, *El florecimiento literario*.

32

*Obras Completas* de CIPRIANO DE LA HUERGA, Tomo I, pág. 31.

33

Cipriano fue maestro de Escritura de Fray Luis de León, quien tradujo a Píndaro, Virgilio y Horacio. Traducir fue para este religioso literato el “camino de la perfección” hacia la forma poética consumada, “de yedra y lauro eterno coronado”.

saber que se divulgó en Occidente a través de obras de Jorge Gemisto Pletón y de manuscritos del cardenal Bessarión. Una corriente de pensamiento que postula ante todo los ideales de libertad y crítica de pensamiento como medio idóneo para alcanzar la verdad y la felicidad en un clima de amor y de belleza. Se trata de una filosofía, que transmitida por copistas de la época de los Paleólogos como Nicéforo Cumnos, Nicéforo Grégoras y otros, había sido rescatada para la posteridad por Miguel Pselo, cuya enseñanza fue prohibida por los Comnenos en la Universidad de Constantinopla en 1082. Esta filosofía no se circunscribe al campo estricto del neoplatonismo y también había sido prohibida por Justiniano en 529, cuando ordenó el cierre de la Academia platónica de Atenas. Es una filosofía de contestación y a veces de sabotaje, en la que normalmente se esconde tras los velos de la alegoría una sátira refinada y una crítica sin paliativos de las realidades políticas, sociales y religiosas. Fue un arma utilizada por los últimos filósofos de la llamada <reacción pagana> contra los gobernantes absolutistas y contra la iglesia oficial al servicio del poder. Así, por ejemplo, una obra de Cipriano tal como *Competencia de la hormiga con el hombre* podría sorprendernos y, a la vez, enseñarnos mucho.<sup>34</sup>

Son tiempos en que las escuelas monásticas de benedictinos y cistercienses –y de todas las órdenes religiosas–, los colegios universitarios de Alcalá, Salamanca, Valladolid y otros lugares, proveen a las letras teológicas hombres de gran valía, estudiantes apasionados, regentes de cátedras imbuídos de ciencia y virtud, maestros espirituales y místicos de gran talla.

El recurso frecuentísimo a la antigüedad clásica promovido por las corrientes humanistas europeas, y que tan fuertemente se asentó en España, conlleva, en otro orden de cosas, la lectura e imitación de numerosos autores, la traducción de sus obras y la necesidad de llenar todo lo que se escribe de citas y textos completos de tales autoridades.

El cisterciense Lorenzo de Zamora sale al paso en la controversia creada sobre el recurso por parte de los monjes a autores clásicos y paganos con una bella obrita<sup>35</sup>, que ya tuvo un antecedente en la antigüedad patristica.<sup>36</sup> De nuevo surgirá la disputa en el siglo

---

34

CIPRIANO DE LA HUERGA, *Competencia de la hormiga con el hombre*, Col. Humanistas españoles 10, *Obras completas*, Vol. VIII, León 1994, págs. 19-108; introducción, edición crítica y notas de FRANCISCO JAVIER FUENTE FERNÁNDEZ.

35

LORENZO DE ZAMORA, *Apología contra los que reprehenden el uso de las humanas letras, en los sermones y comentarios de la santa Escritura*, apéndice sustancioso a su extraordinaria obra *Monasqvía mística de la Yglesia, hecha de hieroglíficos, sacados de las humanas y divinas letras*, Madrid 1604.

36

XVIII entre el Abad trapense Rancé y el estudioso maurino Mabillón.<sup>37</sup> Pero por debajo de todo estaba la cuestión de la santidad y las letras (¿o nuevas letras para nuevos modelos de santidad?).<sup>38</sup> Y, más aún, dentro de las corrientes humanistas, el descubrimiento del yo individual y la reforma educativa, y el ideal del hombre feliz, eran temas que no podían por menos de tener su repercusión en las letras.<sup>39</sup>

“Como las partes del universo, que aunque unas son más perfectas, y otras menos, pero unas no contrarias a otras, sino que hacen unas con otras una consonancia soberana; ni el cielo es contrario a la tierra, ni el sol destruye la naturaleza del aire, sino que antes le ilumina, le esclarece, y le perfecciona, y las unas partes con las otras tienen su concierto y armonía: porque como todas tienen un principio y un venero, él las concertó y las dispuso para la conservación del universo. De este suerte sean las verdades sobrenaturales, y las filosofías: las naturales como tierra y agua, las sobrenaturales como cielos, que con los resplandores sobrenaturales de la fe alumbran el entendimiento, no destruyendo las verdades naturales sino perfeccionándolas, y de las unas y de las otras hace una armonía y consonancia soberana. Las unas y las otras tienen un origen y venero: porque las naturales no son derivadas (dice Clemente) de las fábulas de Baco, ni de las invenciones de Apolo, sino del Verbo Eterno, que es primera verdad por esencia: y así cualquier verdad ha de ser participación suya”.<sup>40</sup>

Los lenguajes místicos cristianos emplean siempre, al menos en griego, palabras muy sencillas. Así, por ejemplo, es un gran placer intelectual leer en griego unos escritos como los *Opúsculos* y las *Homilias Espirituales* de San Macario el egipcio. Fue este Padre griego el primer autor de la más antigua literatura monacal cristiana que ha llegado hasta nosotros, muy leído y utilizado por los monjes de la Iglesia de Oriente y de Occidente, por humanistas españoles del siglo XVI como Fray Luis de León, traducido en latín y español por el humanista Pedro de Valencia. San Macario ejerció también un fuerte influjo espiritual en las iglesias de la Reforma e incluso entre los metodistas. La misma sencillez de S. Macario

---

Trátase de la obra de SAN BASILIO EL GRANDE, *Cómo leer la literatura pagana*, Ed. Rialp, Madrid 1964.

37

P.D. IOANN. MABILLON, *Tractatus de Studis Monasticis (latine vertit P.P. Josephus Porta...)*, Venetiis, MDCCXLV.

38

Véase, especialmente, GARCÍA M<sup>a</sup> COLOMBÁS, *La Tradición benedictina. Ensayo histórico*, Tomo VII, Zamora 1997 y 1998; para las personalidades de Rancé (t. I., págs. 315-387) y Mabillón (t. I., págs. 389-431); y para la tarea intelectual de los monjes de la Congregación de San Mauro, t. I., págs. 73-181).

39

cf. CHRISTOPH HUBIG, *Humanismo. El descubrimiento del yo individual y la reforma educativa*, y MAREN-SOFIE RØSTVIG, “*Beatus ille vir...*” *El ideal del “hombre feliz”*, en *Historia de la Literatura: Vol III, Renacimiento y Barroco (1400-1700)*, Ediciones Akal, Madrid 1991.

40

LORENZO DE ZAMORA, *Apologia...* págs. 15-16.

encontramos en las obras de los dos grandes místicos de esta tierra, que escribieron en lengua española: Teresa de Avila y Juan de Fontiveros.

La verdad, por otra parte, es que no todos los monjes cultivaban las letras y leían autores “extranjeros” o traducían sus obras por amor a la verdad y por encontrar la sabiduría del espíritu. Los intereses por conseguir cátedras, prebendas políticas y notoriedad también andaban de por medio. No es extraño, pues, que el mismo Mabillón, exclamara a propósito de los fines del estudio y afanes intelectuales de los monjes:

“Un estudio religioso debe tener por fin la ciencia de la Sagrada Escritura, la buena ocupación del tiempo y de las lecturas que los monjes están obligados a hacer, el conocimiento y práctica de la virtud, el concierto de la voluntad y el corazón, la aversión al mal, el amor del retiro, de la soledad y del silencio. Todo otro fin se debe condenar en los estudios que no suponga el dicho o que a él no se refiera... Estudios así practicados destierran toda suerte de curiosidades, porque se reducen a la ciencia de los santos, esto es, al conocimiento que nos conduce a la perfección religiosa”.<sup>41</sup>

## IV

Con motivo de la celebración del *IX Centenario de la fundación de Cister*, se publicó una bibliografía cisterciense<sup>42</sup>, una antología no científica verdaderamente, pero sí lo suficientemente amplia como para darse cuenta de que en ella abundan traducciones, y que tanto las revistas monásticas (citadas en esa bibliografía) como las colecciones de textos monásticos recurren continuamente a la versión a las lenguas modernas de autores del pasado, y que los autores modernos son traducidos según la oportunidad del momento.

No es que nos encontremos con obras que puedan aportarnos algo a la teoría de la traducción en cuanto tal; pero sí nos muestran los intereses espirituales que han caracterizado a los monjes a través del tiempo y también las diferentes metodologías con que se ha abordado la tarea de traducir.

---

41

JUAN MABILLÓN, *Tratado de los estudios monásticos*, 1, 13; trad. por “un monje de la Congregación de San Benito de Valladolid” (Madrid 1779), 58. Citado por G. M. COLOMBAS, *La Tradición beneictina*, VII, 1, pág. 430.

42

FRANCISCO R. DE PASCUAL, *Cister 98. Bibliografía para el conocimiento de una tradición*, en *Revista Comunidades*, nº 95, XXVI (1998) sep-dic, págs. 1-52.

La anterior cita de Mabillón encierra en las palabras del gran maestro benedictino una realidad, algo que me atrevo a aventurar: cuanto más han cultivado los monjes el estudio de la sagrada Escritura más amplio y profundo ha sido el contacto con diversas corrientes intelectuales y variados autores, y mayor ha sido el número de obras traducidas; obras de reflexión teológica, quiero decir<sup>43</sup>.

El mundo editorial en que vivimos desde hace unos años favorece enormemente la difusión de los libros, el trasvase de unas lenguas a otras, y la aparición de un mismo libro en varias lenguas a la vez. Los libros sobre monjes y escritos por monjes tiene, al menos hoy, un buen mercado; pero hay muchas obras de gran envergadura intelectual que siguen aún en sus idiomas originales, sencillamente porque la tarea de traducción es muy costosa, de difícil divulgación, y porque quienes recurren a ellas conocen las lenguas en que se escriben.

El inconveniente de este hecho está en que hay muchos monjes y monjas que no tienen acceso a estas obras, en parte porque no conocen lenguas, y en parte porque se alimentan de “libritos” que posiblemente informan, pero no forman ni educan intelectualmente, y mucho menos mueven a la reflexión y a la investigación. Quizá los monjes y las monjas de hoy deberían volver un poco la cabeza al pasado intelectual de la vida monástica si quieren afrontar un futuro con entidad espiritual suficiente, futuro en el que la crítica del pasado, la actitud ecuménica y el intercambio de experiencia espiritual (en diversas lenguas todavía...) me parece que van a ser las líneas fundamentales de acción de los monasterios que sobrevivan a los próximos años.

---

43

“No apreciamos los escritos de un San Bernardo o de un Ailred de Rievaulx, porque las referencias de la Sagrada Escritura significan poco o nada para nosotros. Y si sus escritos constituyen un cañamazo de pasajes de las Escrituras, se nos escapa lo principal. Debemos, ante todo, participar en algo de su conocimiento de la Biblia, y tener las mismas representaciones de ella en nuestra imaginación, así como algo de su asociación de ideas. El sermón de Ailred en el Domingo de Ramos está lleno de sentido, pero sólo a condición de que se repare en los dos cestos de higos de Jeremías, y se conozca su valor y se contemple al Arca de la Alianza atravesando el dividido Jordán, llevada por los levitas y seguida por el ejército de Josué, sin perder de vista al propio tiempo, la esperanza del triunfo final de Jesucristo y la entrada en Jerusalén con los elegidos, confiando en ser uno de ellos. Vuestro corazón ha de arder con el amor y la fe con que las Escrituras y la historia tienden hacia este acontecimiento final, que representa la plenitud de todo. De otro modo, no entenderéis nada”: THOMAS MERTON, *El signo de Jonás*, Ed. Éxito, Barcelona 1955, pág. 244.



Thomas Merton (1915-1968), quizá el monje que más obras suyas ha visto traducidas<sup>44</sup> y del que más se traducen y publican hoy día<sup>45</sup>, llegó al monasterio siendo profesor de literatura inglesa, bilingüe, muy leído y versado en crítica literaria. En la antigüedad, en la Edad Media, en el siglo de Oro español y en el Barroco, este caso se da algunas veces: monjes “letrados” que después llegaron a ser grandes autores espirituales.

La experiencia de la fe, en la vida monástica (como en la vida cristiana), está en relación directa con la experiencia del *Lógos*: “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida...”(1Jn 1, 1).

La experiencia de la Palabra, del *Logos*, es, pues, una experiencia estética. Y la experiencia hecha en la Palabra es la unidad de la suprema concreción posible de la forma individual y de la máxima universalidad de su significado o de la epifanía del misterio del ser en ella.

Ante el *Lógos* el monje adopta la actitud no sólo de quien escucha, de quien deja resonar en él la Palabra. Se deja envolver por ella y se sumerge en ella a la vez, moviéndose en el límite del horizonte, donde no se sabe dónde acaba la tierra y dónde acaba el cielo, como la nave que bajo ella tiene el mar y, a la vez, sobre ella el cielo.

Dice nuevamente Thomas Merton en *El Signo de Jonás*:

Diferentes estratos de profundidad.

Primero, está la superficie del mar, ligeramente agitada. Aquí está la acción. Realizo planes. Se mueven en la estela que dejaron otros hombres: buques de paso.

En segundo lugar, existe la oscuridad que me invade cuando cierro los ojos. Entonces es cuando los grandes peces azules, purpúreos, verdes y grises surcan el agua. Hermosa y pacífica enfermedad. ¿No será la cueva de mi propio ser interno? Vivo felizmente en ella siempre que quiero. No llegan hasta mí sino los tristes rumores del mundo. A veces, un barril hundido aparece flotando. Grandes peces de un gris verdoso, con plata bajo sus escamas purpúreas. ¿Serán éstas las cosas que ven los ciegos? Cierro mis ojos al sol, y vivo en este segundo estrato dentro de una paz que me hace rezar de manera natural y espontánea... No se oye ruido alguno. Muy pronto incluso los peces se van. Noche, noche. Nada sucede. Si se forma una teoría acerca de ello, se termina en un quietismo absoluto. Todo cuanto puedo decir es que resulta cómodo... Entrebajo los ojos al sol, alabando al Señor. He regresado del negro abismo, volviendo a penetrar en las ciudades de pizarra del Génesis. Vuelven los helechos y los peces. Hermosos seres verde-oscuros. En lo profundo de las aguas, paz, paz, paz. Tal es el segundo estrato acuoso bajo el sol. Bogamos dentro de él oscilando entre los peces.

Creo que las palabras no surgen de este lugar. Aquí sólo se ahogan.

---

44

THOMAS MERTON, *Querido Lector. Reflexiones sobre mi obra*, Ed. por el Centro Internacional de Estudios Místicos, Ávila, 1997, y presentado y traducido por FERNANDO BELTRÁN LLAVADOR.

45

cf. FERNANDO BALTRÁN LLAVADOR, *Mertoniana: Aproximación a los estudios de Thomas Merton*, en *Revista Comunidades*, nº 92 /1997) sep-dic, págs. 99-114 y 2-40 (hojas verdes).

Los problemas de socialización no incumben a estas aguas. No son propiedad de nadie. Animalidad. Cotos de caza. Paraíso. Nada de preguntas que perturben esta botánica sagrada. Territorio neutral. Mar de nadie.

Creo que Dios prefiere que escriba sobre este segundo recinto más que del primero. Abandono todos los problemas a su espontánea y nada satisfactoria solución, incluyendo el de la “espiritualidad monástica”. Ni siquiera contestaré, como hago con los escolares. que los Padres del yermo no hablaban de espiritualidad monástica, sino de pureza de corazón, de obediencia, de soledad y de Dios. Y los más prudentes de ellos hablaban muy poco de casi nada. Pero la Vida Divina, que es la vida del alma como el alma es la vida del cuerpo, es algo puro y concreto que no puede medirse por los libros de otros. Dios, dentro de *mi*, no se mide por vuestra teoría ascética, y en vosotros no puede ser medido por la balanza de mi doctrina. Por consiguiente, en modo alguno puede ser medido.

Tercer recinto. Aquí existe vida positiva, nadando en una oscuridad que ya no es densa como el agua, sino pura como el aire. Llega la claridad de las estrellas, aunque no se sepa de dónde procede. La luz de la luna es, en este rezo, serenidad en espera del Redentor. Muros que atalayan horizontes en medio de la noche. *In velamento diei et in luce stellarum nocte*. Todo está impregnado de inteligencia, aunque todo sea noche. No existe duda. Hay vigilancia; la vida misma se ha vuelto pura en sus propias refinadas profundidades. Todo es espíritu. Aquí se adora a Dios, se reconoce su llegada, se le recibe tan pronto como se le espera, y porque Él es esperado, es recibido; pero se ha ido antes de lo que ha tardado en llegar; se ha ido antes de su venida. Regresa para siempre. Sin embargo, nunca pasó ante mi y ha desaparecido para toda la Eternidad. Es y no es. Todo y Nada, Ni luz, ni oscuridad, ni arriba ni abajo, ni aquí ni allí. Siempre y siempre. En el viento que provoca su paso, los ángeles proclaman: «El Santo se ha ido». En consecuencia, yazco muerto en el aire de sus alas. Vida y noche, día y oscuridad, entre la vida y la muerte. Este es el santo recinto subterráneo de mi existencia mortal que se abre al cielo.

Es extraño despertar y encontrarse el cielo en el propio interior, debajo, encima y alrededor, de modo que el espíritu forma un solo cuerpo con el cielo, y en todo sea noche cerrada.

Aquí es donde el amor arde con su llama inocente, con el limpio deseo de la muerte: una muerte sin dulzura, sin enfermedad, sin comentario, sin remisión y sin vergüenza. Una muerte limpia por la espada del espíritu en el cual reside la inteligencia. Y todo en perfecto orden. Aparición y liberación”.<sup>46</sup>

Aquel monje nuestro del principio soñaba, en su trabajo intelectual, con transformar las tinieblas en luz. Solamente recorriendo, atravesando, los niveles de la Palabra en la vida del hombre, se llega a la luz, a la iluminación, a la muerte de lo desconocido y al alumbramiento de una nueva realidad.

“La evocación de lo extraño, de lo otro, de lo sagrado fascinante y tremendo, de lo divino oculto y revelado en textos que han de ser transplantados de una lengua a otra y en todo caso interpretados, responde en filosofía hermenéutica al ser de toda comprensión que, a través de la fusión de horizontes del texto y del intérprete, trata de desvelar ese espacio desde donde habla lo “otro” que se manifiesta en el texto”.<sup>47</sup>

---

46

THOMAS MERTON, *El Signo de Jonás*, Ed. Éxito, Barcelona 1955, págs. 295-297.

47

cf. JULIO TREBOLLE BARRERA Y SUSANA POTTECHER, *Libro de los Salmos. Himnos y Lamentaciones*, Ed. Trotta, Madrid 2001, pág. 13.

Creo que esta es la tarea de todo traductor.

Los monjes han desempeñado esta tarea a su manera, ciertamente; y es parte de lo que he tratado de reflejar aquí. Pueden seguir haciéndolo y tienen hoy más posibilidades que nunca para ello.

Cabría hablar todavía de cómo lo han realizado también a través de la liturgia, la creación de los textos y su musicalización.

Y lamento no haber podido dedicar el espacio merecido a las monjas traducidas y traductoras<sup>48</sup>. Todo llegará.

Espero haber hecho agradable este recorrido.

**Francisco R. de Pascual,**  
*Abadía Cisterciense de Viaceli,*  
*CÓBRECES (Cantabria).*



---

48

Cf. FRANCISCO R. DE PASCUAL, *Libros para leer, asombrarse, disfrutar y aprender*, en *Cistercium* LII (2000) 669-685, y ROSA RÍUS GATELL, *Hildegarda de Bingen, una mística que cuenta*, en *Cistercium* LII (2000) 663-669.